

JON AZKUETA

69
segundos
para
conquistarte

CROSS
BOOKS

wattpadautor

Andrés, Andrés Forua

Me llamo Andrés, Andrés Forua, estoy cursando el segundo año de la carrera de Magisterio en Educación Primaria y me he pasado toda la tarde en la biblioteca, estudiando para el examen de Psicología de la Educación. Cierro los ojos y aún veo apuntes, líneas y líneas de teoría, siempre con los mismos nombres subrayados: Piaget (subrayado en color amarillo), Freud (en color verde), Montessori (en color azul)...

Lo único que quiero es llegar a casa, tirarme en el sofá y desconectar viendo algo interesante, aunque sé que tendré que pelear por el mando del televisor con Verónica, mi compañera de piso morena, y Maria, mi compañera rubia.

—Chicas, hoy emiten un documental bastante interesante. Explica lo que ocurre dentro de nuestro cerebro —les comentaré—. Os parece bien si...

—¡No! —responderán las dos.

—Vosotras os lo perdéis.

—Yo quiero ver ese programa de buenorros que tienen que convivir en una isla —dirá entonces Maria. Está más que salida.

—Ni hablar —se negará Verónica—. Hoy toca Netflix. ¡Acaban de estrenar una peli de fantasía brutal!

—Perdona, pero no pienso ver pelis de dragones, pudiendo disfrutar de pibones —se opondrá mi compañera rubia con alguna rima.

Verónica —o Verony, así es como la llamamos todos— no cederá, y discutiremos largo y tendido, hasta que, agotados, acabemos viendo la teletienda, como ocurre siempre. Hogar, dulce hogar... Pero bueno, decido no adelantarme a los acontecimientos y dejar de lado mis complejas predicciones.

En este momento, ya estoy frente al portal de casa. Vivimos en un edificio bastante grande: tiene diez plantas, con cuatro viviendas en cada una de ellas. Como dice Verony, «parece un hormiguero gigante». Toco el timbre, y espero a que mis compañeras me abran.

—¿Diga? —se oye a Maria al otro lado del telefonillo.

—Maria, soy yo, Andrés. Abre.

—Vaya... Esperaba que fuese el cartero —se decepciona—. Estoy esperando un paquete de lencería sexi que pedí hace unos cuantos días. ¿No habrá una caja en el portal, no? Pedí unas braguitas con transparencias y un tanga comestible. No sé si...

Siento como la gente que pasea por la calle se vuelve a contemplar al chico que habla con la joven atrevida del telefonillo, y no tardo en sonrojarme.

—Maria, no hay ningún cartero, ni ningún paquete con tus bragas... —Esto último lo digo susurrando—. ¡Ábreme ya!

—¿Seguro?

—Seguro. Son las nueve de la noche, los repartidores no trabajan a estas horas.

—Mi exnovio sí que lo hacía.

—¿Simón? —recuerdo al joven mensajero con el que estuvo quedando durante una semana.

—Sí, fuera la hora que fuese, mi Simón, siempre estaba dispuesto a llenarme el buzón.

Los paseantes se vuelven a mirarme, mientras Maria ríe al otro lado del telefonillo.

—¡Ábreme de una vez! —alzo la voz nervioso y me sale un gallo. Estoy viviendo un momento más que incómodo.

—Está bieeen —cede. Por fin.

—¡Gracias!

Me dirijo a los dos ascensores que hay junto a la escalera y cuando uno de ellos llega —el de la derecha—, entro y aprieto el botón con el número diez. Espero, paciente. Es tan viejo y lento que tarda más de un minuto en subir... Hoy, además, parece que se demorará más de lo habitual, ya que al llegar a la segunda planta se ha detenido. Las puertas se abren y me topo con una chica que juraría no haber visto antes.

—Hola, ¡buenas noches! —la recibo sonriente—. ¿A qué piso vas?

Alza levemente las cejas a modo de saludo y pulsa ella misma el botón del octavo. Se pone de espaldas a mí y ascendemos. Intranquilo dirijo la vista a la línea horizontal de números que hay en la parte superior de la entrada y que indica el piso en el que nos encontramos: el segundo, como cabía esperar de un ascensor tan lento. Sin saber cómo actuar, opto por remangarme y comprobar la hora en mi reloj. Son las 21:04 h.

Una vecina peculiar

Toso, despejo la garganta.

—Ha quedado buena noche, ¿eh? —No se me ocurre nada mejor.

Ella, la que debe de ser mi vecina, no me responde. Ni siquiera se vuelve a mirarme. Estoy hablando con su espalda. Me siento ridículo, estoy muy incómodo, y aún vamos por la tercera planta. Me espera un viaje largo.

Soy consciente de que tengo dos opciones. La primera, y la más normal, es pasar de ella. La segunda, y la que creo que voy a hacer, es tratar de acabar con la tensión rompiendo el hielo:

—Ya era hora de que dejase de llover. Menudos días llevamos. Estaba por llamar a Noé, para que se diese prisa con el Arca. —Río y, al segundo, me arrepiento. Ella ni se ha inmutado. Ni una leve risita.

Reconozco que ha sido una mierda de chiste, tan manido como absurdo. No me extraña que en vez de romper el hielo haya creado un terrible iceberg. Y es que, ¿por qué hago un chiste religioso? Ni yo creo en Dios, ni seguramente ella crea. Debe de tener mi edad y, siguiendo las estadísticas, cada vez es mayor el número de jóvenes ateos. Además, si cree en

Dios, puede que sea una cristiana obsesa a la que no le gusta que se bromea con la religión. Sí, tal vez...

—¡Ay, no! —protesta la chica y me saca de mis pensamientos.

El motivo de su queja, es que se le ha caído una figurita plana de un delfín. Es de color blanco y parece de cartulina, pero no he podido fijarme bien. La ha recogido de inmediato.

—Qué bonita.

Ella se vuelve hacia mí y aprovecho para observar algo más que su espalda. Es pelirroja, tiene la cara llena de pecas, los ojos de color marrón oscuro relucientes bajo los cristales de unas gruesas gafas y... De su físico no puedo decir mucho más. Es bajita y lleva una enorme sudadera gris que, o bien usa para protegerse del frío —algo extraño porque en el edificio hace un calor exagerado—, o para ocultarse. Exacto. Su comportamiento poco social la ha delatado. Se intenta esconder bajo la gigantesca prenda. Lo he averiguado analizando sus actos y su vestimenta. Tantas horas estudiando psicología, me han convertido en psicólogo. O en imbécil que se cree psicólogo. Sí, esto último tiene más sentido.

—Gracias —me responde la chica y se vuelve de nuevo.

Me quedo un tiempo callado, mirando su espalda, hasta que bajo la mirada y me encuentro con su bolso. Es gigante, parece un maletín. Confirмо: es un maletín. Lo lleva preso, entre su brazo derecho y dorso. Lo agarra como si fuese un balón de fútbol. ¿Acaso no sabe que tiene asa? Sí, sí que lo sabe. Me acabo de fijar en que emplea este asidero para colgar un adorno: una pequeña herradura de metal.

Reparo un poco más en ella y me doy cuenta de que entre el maletín y la ancha manga de la sudadera hay un libro aplastado, casi escondido. Con disimulo, me inclino hacia la derecha para leer el título, pero justo entonces, el ascensor se detiene, las puertas se abren y ella huye. Literalmente. Esta

se ha escapado de mis ojos lo antes que ha podido. Casi echa a correr.

—Eh, ¡adiós! —me despido, la pierdo de vista y escucho un portazo—. Qué vecina tan peculiar...

El puré de Verony

Llego a la décima planta y Maria me espera en la puerta de casa:

—¿Seguro que no había ningún paquete?

—Seguro, Maria, segurísimo. —La esquivo y entro al salón.

—¿Qué tal en la biblioteca? —me pregunta entonces Verony.

Está tirada en el sofá, sin apartar la vista de las páginas del libro de Harry Potter que tiene entre manos, y que ya debe de haber leído unas diez veces.

—Mal, la verdad. —Necesito desahogarme—: Se acercan los exámenes finales y estoy algo agobiado. Es que... —Mi compañera asiente repetidamente, pero ni siquiera me mira, y sospecho que tampoco me escucha—. Se ha incendiado la biblioteca, media ciudad, en realidad, y se han quemado mis apuntes.

—Qué bien... —musita. Mis sospechas eran ciertas.

—Estás perdiendo el tiempo —me advierte Maria—. Cuando lee el libro del niño volador de gafas, si quieres que te haga caso, tienes que... —Se acerca, le quita la novela de las manos y aprovecha para preguntar—: ¿Has hecho la

cena? Quedamos en que tú te encargarías de ello, ¿recuerdas? Mientras que Andrés y yo nos ocuparíamos de la limpieza.

—¡Harry estaba en la taberna El Caldero Chorreante! —exclama Verónica. La debe de haber interrumpido en el mejor momento.

—Para caldero chorreante, ¡el que debería de haber sobre la mesa!

—Lo sé, lo sé... —Verony se levanta del sofá, se despereza, e informa—: Solo tengo que calentarlo. He preparado puré.

—¿Puré? —repite Maria—. Qué asco.

—Este te gusta. —Verony marcha a la cocina.

—Seguro que es el que congeló la semana pasada —masculla Maria asqueada, y se interesa—: ¿Qué tal llevas fisiología de la encarnación?

—¿Qué?

—El examen del que tanto me hablaste ayer.

—¿El de Psicología de la Educación? —deduzco—. Pues mal. No te voy a mentir. No sé si este año lograré mantener mi media.

—¡No digas eso! —intenta animarme—. Siempre te quejas y luego sacas un diez. Además, ¿los exámenes no son en junio? Todavía faltan un par de meses.

—No son solo los exámenes, también tengo decenas de trabajos que...

—¡La cena!

Verony regresa con un puchero al salón, y lo apoya sobre la pequeña mesa en la que apenas nos caben los platos y cubiertos.

—¡Por fin! —celebra Maria y sale corriendo.

—Vaya. Gracias por escucharme —ironizo.

—Venga, no te enfades y ven a comer el puré de... ¿De qué es? —le pregunta Maria a la cocinera.

—De nabos.

—Pues eso. ¡A comer nabos, que eso siempre alegra!

—Maria no tiene remedio.

Me río y me siento con ellas. La cena está buenísima, Verónica es una gran cocinera. Tiene un don. Al igual que Maria, tiene el don de cotillear:

—Bueno, contadme. ¿Algo interesante en vuestras vidas?

—Pues verás —empieza Vero—, en el capítulo que he leído...

—He dicho interesante —la corta Maria, y se dirige a mí—: ¿Andresote?

—Yo... —Me lo pienso, y creo que sí que tengo algo que contar, algo que me resulta interesante, aunque no sé el porqué.

—¿Tú? —insiste Verony.

Me mantengo callado unos segundos más, pensativo. No sé si hablar de lo sucedido en el ascensor, o pasar de ello. Al fin y al cabo, ¿para qué voy a contar que he subido con una vecina que me ha ignorado? No tiene sentido. No es importante. ¿No?

—Andrés, ¿qué pasa? —se impacienta Maria.

—Nada, eh... —Finalmente, decido desviar la conversación—: ¿Os apetece ver luego un documental sobre lo que ocurre dentro de nuestro cerebro?

—No —niega primero Maria—. Dentro de mi cerebro no ocurre gran cosa. Prefiero ver lo que pasa en una isla llena de macizos.

—Ya, pues yo prefiero... —sigue Verony.

Y así, comienza la temida batalla por el mando del televisor. ¿Qué acabaremos viendo hoy?

Volvemos a vernos

Anoche acabamos viendo... ¡la teletienda! ¡Así es! Y como hoy he estado hasta tarde en la biblioteca pasando a limpio apuntes de Historia Universal —le he dado un respiro a la Psicología de la Educación—, voy a narraros cómo transcurrió la pelea por lograr el mando, como si fuese todo un historiador:

La guerra por liderar en el terreno del sofá comenzó siendo una batalla a tres bandas, pero se redujo a dos cuando las tropas de Maria y Verony destruyeron mi legión y sus intenciones de estudiar cerebros. Después, los soldados de Verony, seguidores de la fantasía, comenzaron a perder frente a los de Maria, que querían saquear islas llenas de atractivos habitantes. Ante ello, los restos de mi humillado ejército se unieron al de Verony, ¡para luchar por descubrir criaturas fantásticas! Pero la batalla se alargó demasiado y acabó en un pacto amistoso que abrió paso a un cautivador mercado global.

Vamos, que para cuando nos decidimos ya era demasiado tarde, y acabamos viendo un rato la teletienda. Maria se compró un anillo de luz para que sus videos bailando luzcan

más profesionales, Verony, un cortador de verduras, y yo me quedé dormido en el sofá. Me he despertado esta mañana tirado entre cojines, con un dolor de cuello inhumano, que ha aumentado tras pasar toda la tarde estudiando en la biblioteca con la cabeza pegada al libro.

Ahora, a las nueve de la noche, me encuentro en el portal de mi edificio. Busco en el bolsillo de mi mochila las llaves —hoy las he traído, no quiero tener que aguantar a Maria al telefonillo—, abro la puerta y me dirigo a los ascensores. Esta vez también ha sido el de la derecha el primero en llegar. Monto y comienza a ascender, al igual que el dolor de mi cuello, que también sube... hasta mis sienes. Es insoportable.

Suspiro, me llevo las manos al cogote y ladeo la cabeza. Oye, y parece que funciona. Sí. Me encuentro mejor al tensionar el cuello, me alivia. Lo estiro un poco más, y otro poco más, otro pelín más... Y cruje. ¡Ay! ¡Madre mía! Ha crujido mucho. Ahora me da miedo volver a llevarlo a su sitio, no vaya a ser que me parta el pescuezo.

De pronto, el ascensor se para en el segundo piso. Me incorporo de golpe y escucho: ¡craaac! Pero no me importa. Mi cerebro está atento a las puertas, porque aunque no lo sé con certeza, creo que la persona que está detrás es la vecina que conocí ayer. ¿Quién si no se montaría en la segunda planta para subir?

Las puertas se abren y, efectivamente, ahí está. Su melena rojiza, sus pequitas, sus ojos color caramelo escondidos bajo gruesas lentes... Lleva la misma sudadera y unos grandes pantalones vaqueros, que apenas se aprecian porque la enorme sudadera los cubre. Pese a no acertar con su talla, está guapa.

—¡Hola! Volvemos a vernos.

—Tú...

No sé si le hace mucha ilusión toparse conmigo de nuevo.

—Hola.

Al menos hoy me ha devuelto el saludo.

Pulsa el botón y se pone de espaldas a mí. Así, vuelvo a sumergirme en la situación incómoda de la que no supe escapar la última vez. Y tal vez no tenga ningún sentido, pero esto me pone muy nervioso.

Trato de disimular mi intranquilidad y apoyo la espalda —o mejor dicho, el mochilón—, en la pared. Busco una pose que me haga parecer calmado, pero sin demasiada chulería. Aunque sé que tengo más aspecto de comadreja petrificada que de persona tranquila.

Una novela romántica

Es la misma situación tensa que ayer, y a la misma hora. No sé cómo puede estar tan tranquila. Yo no soporto la tensión que hay en el ambiente. ¿Quién se cruza con un vecino y apenas habla? Pues tal vez mucha gente, pero yo no. Yo necesito entablar conversación:

—Podrían poner musiquita aquí dentro, ¿verdad?

No he podido quedarme callado. ¿Somos personas o sigilosos espectros? Pues ella parece ser esto último.

—Me gustaría que pusieran —sigo—, alguna canción de... Oh, ¡sí! ¡De Adele!

No soy muy fan de la artista, pero uno debe reconocer que tiene éxito, y que la probabilidad de que a ella le guste es alta.

—Por ejemplo, esa que dice —me atrevo a cantar—: «*Shine bright like a diamond... Shine bright like a...*». —Me detengo al escuchar la torpe carcajada que la chica ha intentado contener—. Vaya. ¿Tan mal canto?

Mi voz no será capaz de hacer dar la vuelta a un *coach* de *La Voz*, pero sí a la misteriosa vecina. Ha funcionado. Se ha vuelto hacia mí. Ya puedo verle el rostro: enrojecido y con una leve sonrisa que intenta ocultar.

—No te quería ofender.

—Tranquila, no me he ofendido.

Y es la verdad. Estoy orgulloso de haber podido sacar un tema de conversación.

—Me gusta Adele. Me reía porque...

—¿Porque no esperabas encontrarte con su hijo secreto, eh? —me adelanto, bromista.

—Justo eso...

Aprovecho que está algo más receptiva para preguntar:

—¿Qué lees? —Señalo la novela que lleva junto al maletín.

Ella arruga el entrecejo, reflejo de la batalla interna que lidia para decidir si debe responder. Al cabo de un par de segundos, contesta:

—Nada importante.

—Venga, dime... ¿Y si lo acierto?

Se lo piensa, pero tampoco tenemos mucho más tiempo. El ascensor ya va por la quinta planta, la sexta...

—Prueba —me reta.

Recupero mi faceta de psicólogo —o de idiota que se cree psicólogo—, y la analizo: viste una sudadera gris que le queda muy holgada y cuyas mangas tiene que recoger constantemente, pantalones vaqueros tan grandes que los arrastra... Me recuerda a un fantasma.

—¡Lees a Stephen King! —apuesto por el maestro del terror.

Tras lanzar el triple, el ascensor se detiene. Hemos llegado. La chica sale, pero esta vez no tiene tanta prisa. Se ha quedado en el rellano, frente a mí.

—Has fallado. —Alza los hombros y declara—: Leo *El diario de Bridget Jones*, de Helen Fielding. —Me enseña la portada.

Sorprendido, mis ojos se abren cuando el ascensor se cie-

rra. No me lo esperaba en absoluto. Es una novela romántica. Y no se trata de una tragedia de Shakespeare, una de esas obras de amor que acaban en desastre. No, se trata de *El diario de Bridget Jones*, la graciosa historia de una desesperada británica en busca de su pareja ideal.

Estaba muy equivocado. Lo que significa que soy mucho más idiota que psicólogo, y que no la conozco en absoluto. Esto último me molesta mucho porque, aunque no entiendo el porqué, la quiero conocer...